

Prédica del 01. 06. 2019

Querida Familia de Schönstatt:

Ayer conmemoramos juntos el 70 aniversario del Tercer Hito. El 31 de mayo de 1949, nuestro Padre y Fundador, el Padre José Kentenich, dio un paso profético audaz. Por el informe de la visita del obispo se había dado cuenta de que el Visitador no había entendido las intenciones reales de Schönstatt. Había dado fe de que Schönstatt era un buen Movimiento Católico. Schönstatt tenía que cambiar sólo un par de puntos que, según su parecer, no eran tan importantes.

Sin embargo, estos puntos no eran insignificantes, sino que incidían en lo nuclear del pensar, amar y vivir orgánicos. Para el Padre Kentenich era importante que las verdades centrales de la fe formaran la vida cotidiana. Pero esto sólo es posible si estas verdades toman formas concretas. Por ejemplo, estaba convencido de que la verdad de que Dios es un Padre se vivencia como mensaje positivo si las personas pueden también tener una experiencia positiva de lo que es un padre natural. De lo contrario, este mensaje permanece como un conocimiento teórico que no enciende la vida. El Fundador quería que Schönstatt mostrara un camino que ayudara a la gente a redescubrir a Dios en la vida diaria. Así observó con preocupación que no sólo en la sociedad, sino también en la Iglesia, Dios y el mundo estaban cada vez más separados y considerados como dos ámbitos que poco tenían que ver entre sí. Expresó esta preocupación en su carta-respuesta a la visitación episcopal, la primera parte de la cual colocó en el altar del Santuario aquí en Bellavista el 31 de mayo de 1949. Con esta respuesta pretendía suscitar un debate más profundo entre los obispos acerca de la cuestión "Schönstatt". Al Padre nunca le interesó únicamente Schönstatt, sino le importaba la renovación interior de la Iglesia. "Todo para Schönstatt, Schönstatt para la Iglesia, la Iglesia para la Trinidad", repetía una y otra vez.

La misión de Schönstatt de regalar a la Iglesia el pensar, amar y vivir orgánicos sigue vigente. Desde hace ya más de setenta años, experimentamos cómo Dios y el mundo, lo sobrenatural y la naturaleza, se distancian cada vez más y son vistos en la sociedad y en la Iglesia como dos ámbitos que poco tienen que ver entre sí. Esto hace aún más importante que nosotros, como Familia de Schönstatt, nos sigamos entregando para que los diferentes niveles de vinculaciones de la vida humana se vean en su unidad orgánica, que percibamos cómo el amor a Dios, el amor a los demás y el sano amor a nosotros mismos se condicionan e influyen mutuamente,

y que nos demos cuenta de que nuestra vida no se divide en diferentes ámbitos, independientes unos de otros: el trabajo, la familia, la religión. El hombre es el mismo en su profesión, en su vida privada, en su fe. Es nuestro deber señalar siempre de nuevo que los valores de los que vive la sociedad humana tienen su origen último en Dios. Es nuestra misión ayudar a las personas a descubrir e interpretar el actuar providencialista de Dios en sus propias vidas y en la historia, y a reconocer cómo Dios obra por causas segundas, es decir, a través de nosotros y de las otras personas.

Sin esta profunda unión a Dios, la sociedad humana pierde su asidero y corre el riesgo de volverse inhumana.

La renovación del mundo y de la Iglesia es, por lo tanto, la gran preocupación que está relacionada con el paso audaz del Padre Kentenich el 31 de mayo de 1949. Los numerosos escándalos de los últimos años nos han hecho tomar conciencia una vez más de cuán necesitada está la Iglesia de una renovación. Estamos viviendo una gran crisis de credibilidad en la Iglesia. Nos estremece la injusticia que algunos obispos y sacerdotes han hecho con las personas que habían sido confiadas a su cuidado de una manera especial. Estos acontecimientos oscurecen el rostro de la Iglesia, de la Esposa de Cristo, como dice San Pablo, y nos permiten reconocer en los afectados, con su gran sufrimiento, el rostro sufriente de Cristo.

Nuestro Padre y Fundador se vio confrontado con esta forma de pecado en la Iglesia, que tanto nos afecta e incluso nos enfurece, décadas antes del Concilio Vaticano II. En 1936-1937, los nacionalsocialistas en Coblenza, muy cerca de Schönstatt, llevaron a cabo los llamados juicios morales contra numerosos sacerdotes y religiosos, en los que fueron acusados de fornicación, abuso y homosexualidad, juicios que en parte fueron justificados y en parte injustificados. Los nacionalsocialistas utilizaron estos incidentes como propaganda para apartar a la Iglesia del ámbito de educación de los jóvenes. Sobre estos procesos el Padre Kentenich dijo: "Los procesos por causas morales que han salido a la luz señalan lo feo y sucio. [...] Recuerden también los muchos pecados sucios que han pasado en la vida de las órdenes y de los sacerdotes en el correr de los últimos siglos y decenios en nuestra patria."¹

Nuestro Padre y Fundador tomó estos sucesos como una oportunidad para pedir por la purificación de la Iglesia a través de la conversión y la expiación. De este modo, todos los miembros de la Iglesia deberían contribuir a su renovación. Retomando las palabras de Jesús sobre la sal de la tierra y la luz del mundo del Sermón de la Montaña, recordó que la Iglesia influye en la

¹ Vgl. Predigt anlässlich der Geisteserneuerung am 4. Juni 1939, 14f.

sociedad tanto positiva como negativamente. No sólo lo bueno, sino también lo malo, viene a menudo de la Iglesia. De esta manera, nuestro Padre nos recuerda que la renovación de la Iglesia debe comenzar por mí mismo, porque cada uno de nosotros, por su bautismo, es miembro de la Iglesia.

A pocos meses de su regreso a la eternidad, nuestro Padre y Fundador vuelve a hablar sobre el pecado en la Iglesia. En el último día del Concilio Vaticano II, en la colocación simbólica de la primera piedra del Santuario Matri Ecclesiae de Roma, que se terminó en 2004, el Padre Kentenich presentó los rasgos principales de su nueva imagen de la Iglesia y, en dos conferencias a los sacerdotes, añadió un rasgo más a esta imagen de la Iglesia. Dice: "¿Cómo debería ser la Iglesia hoy en contraste con la Iglesia de ayer?"

Una Iglesia humilde de pies a cabeza. Una iglesia pecadora. Es decir: una Iglesia que confiesa su pecado; una Iglesia que también libre y abiertamente pide excusas y perdón por todos los pecados que ha cometido a lo largo de los milenios".² La Iglesia de la nueva orilla ha de ser "una Iglesia humilde de pies a cabeza", que tenga la humildad de reconocer sus defectos y limitaciones. La Iglesia es una Iglesia humilde porque no se cierra al reconocimiento de que es "una Iglesia pecadora". No es que el Padre ponga en tela de juicio la santidad de la Iglesia, tal como se afirma en el Credo. La Iglesia es santa por la gracia de Dios, porque Dios la santifica. Pero reconoce que, en la Iglesia, en su grandeza histórica, también hay culpa y fracaso. La Iglesia es a la vez una Iglesia de santos y una Iglesia de pecadores. Somos llamados a la santidad, pero también experimentamos que somos culpables una y otra vez ante Dios y ante los demás. Es por eso que la Iglesia debe tener la humildad de admitirlo.

Cuando nuestro Padre y Fundador se refiere a la renovación de la Iglesia, naturalmente también dirige nuestra mirada a la Mater, a María como la Inmaculada. Para él, la Inmaculada es la imagen ideal de cómo Dios pensó al hombre redimido. Y Schönstatt, como Movimiento de educación, ha sido enviado para educar a esta persona nueva. Estoy seguro de que el Padre Kentenich, especialmente en la situación actual de la Iglesia, nos indicaría a la Inmaculada, porque para él la Santísima Virgen no es sólo la Madre de la Iglesia, sino también el modelo de la Iglesia.

² Ansprache in der Marienau an die Michaelsprovinz des Priesterverbandes, in: Joseph Kentenich, *Propheta locutus est. Vorträge und Ansprachen von Pater J. Kentenich aus seinen drei letzten Lebensjahren*, B. XVI: 1967/68, Berg Sion 2000, 177-202, 187.

Inmediatamente después del Concilio Vaticano II, subrayó: "Si nuestra misión es la de anticiparnos a toda la Iglesia, mucho depende de que seamos capaces en nuestro círculo de resolver correctamente todos estos problemas. Por eso quiero que, lo que nosotros llamamos el espíritu de Inmaculada, sea también el espíritu (de Inmaculada) de la Iglesia del futuro. Y, ¿qué le importa al hombre de hoy el espíritu de Inmaculada, si ya no conoce ni reconoce ningún orden sobrenatural en su mundo? Sí, mucho depende de que nosotros seamos un ejemplo vivo de todas estas cosas".³

¿Cómo concebimos el espíritu de Inmaculada que la Iglesia necesita hoy?

La Inmaculada es la totalmente pura y sin mancha, pues ha sido preservada del pecado original. Sus instintos, por lo tanto, están ordenados desde Dios. Y aquellas personas que están traspasadas por este espíritu de Inmaculada, son personas que configuran a su alrededor una atmósfera de intocabilidad, de respeto, de nobleza, de reserva. La reserva no se refiere a estar cerrado, sino que la reserva es discreción, es decir, cuida, custodia y respeta los límites que se ha de tener con uno mismo y los límites que hemos de tener con los demás. Estamos con respeto ante aquello que para el otro es sagrado y también cuidamos lo más íntimo de nuestra personalidad.

La Inmaculada es la que está regalada por entero a Dios. Le pertenece sólo a Él. Por eso es que no gira entorno a sí misma, sino que gira en torno al Padre y le dice "Sí" a sus deseos. Y precisamente por eso está totalmente dispuesta para la realización de su plan de salvación. Las personas que están traspasadas de este espíritu de Inmaculada saben que su plenitud no está en valores menores, sólo terrenos, sino en su relación con Dios y se ponen como instrumentos a su disposición.

La Inmaculada está contenida, cobijada en el mundo de Dios. En todo lo que le sucede busca cómo actúa Dios; todo lo que vive lo guarda en su corazón y medita acerca de ello. Para aquellas personas que están traspasadas del espíritu de Inmaculada lo natural y lo sobrenatural, Dios y el mundo conforman una unidad y en su vida cotidiana buscan cuáles son esas huellas de Dios.

Así es como el día de ayer nos incentiva a que colaboremos, como Familia de Schönstatt y a partir del carisma de nuestro Padre y Fundador, a renovar nuestra Iglesia para que ésta pueda anunciar de forma creíble y convincente la buena nueva del Evangelio.

³ 9. Exerzitenkurs für unsere Schwesternfamilie von Herrn Pater, 8.-12.Juni 1966, 104f.